

## El arte de leer

Eugenio Montale

Entrevista con Giulio Villa Santa

Traducción: Ernesto Hernández Busto

En 1972, Giulio Villa-Santa, redactor de la Radio de la Suiza italiana realiza una serie de entrevistas dedicada a los placeres, a los riesgos y al arte de la lectura, a partir del famoso canon del crítico francés Emile Faguet. Además de Montale, participan en la discusión Pietro Citati, Remo Fasani y Adriana Ramelli. El texto de la entrevista a Montale ha sido publicado por la editorial Interlinea. Una anticipación parcial apareció también en el *Corriere della Sera*.

\*

*De aquel mundo donde todavía prevalecían la madera, la estofa y el papel en el que escribía, Faguet nos trasmite sólo tres reglas generales de la lectura, válidas para cualquier tipo de página. Primera: leer muy lentamente. Segunda: leer muy lentamente. Tercera: leer muy lentamente. Podemos considerarlas esenciales aún hoy, a pesar de todo, o nuestro pensamiento se ha acelerado de alguna manera desde 1912?*

Ciertamente, el pensamiento se ha acelerado, pero en cuanto a la lentitud de la lectura el problema se presenta de manera diferente. Además, está la manera de leer y la manera de releer. No podemos leer rápidamente a Proust, pero una relectura eventual pudiera ser más rápida. Hay libros con los cuales uno siente la necesidad de leer lentamente y hay otros libros, por ejemplo, los policíacos, que demandan, en cambio, una aceleración de la lectura. Tal vez el ideal para el libro de éxito, para el libro policíaco sería incluso que no hubiera lectura, es decir, que empezáramos por el final, porque el final es el único aspecto interesante del libro. Y por otra parte, este interés hay que prepararlo con un largo precedente que no despierta ningún entusiasmo pero que sin embargo debe existir.

*Entonces, según usted, ¿no es una regla general leer lentamente?*

No es de hecho una regla general. Incluso, dada la producción actual puede decirse que la lectura lenta ha desaparecido. Por lo general, el libro es ojeado, olfateado. No es una mala práctica porque en el 99 por ciento de los casos, en cinco minutos, olfateando el libro se sabe ya todo, se comprende si vale o no la pena leerlo.

*Sin embargo, la lectura veloz es también el ritmo impuesto por un placer. Buscando ofrecernos este placer, hoy la industria nos persuade para que consumamos, más que para que leamos, el papel impreso. Por otra parte, Emile Faguet nos pone en guardia, en cierto sentido, con respecto al placer de leer, y nos advierte que una lectura placentera es raramente una lectura crítica: puede darnos una medida ilusoria de un libro, de un autor. ¿Usted también piensa que la lectura placentera y la lectura crítica son dos cosas diferentes?*

En muchos casos sí, son dos cosas diferentes; en muchos otros, no siempre. Digamos que el libro que da placer no es siempre un libro malo; a menudo lo es, pero no siempre. Hay autores que dan placer —no sé, no quisiera citar a los actuales, que están vivos y pueden ser susceptibles— pero, por ejemplo, no se puede negar que Anatole France sea un autor placentero, y esto no le resta nada de su importancia. Por otra parte, hay autores que desean explícitamente ser leídos con cierta dificultad. Uno de los más grandes es James Joyce. Poquísimos han leído el *Ulises*, a poquísimos les ha causado placer, y por otra parte, sin el *Ulises* la fama de Joyce sería mucho menor, no obstante los bellísimos cuentos que escribió antes. Nosotros tenemos a Antonio Pizzuto, un siciliano de gran talento, un hombre ya anciano, que escribe libros extremadamente difíciles. Su fama —aunque sólo sea en ambientes limitados y extremadamente calificados, de personas muy serias, de críticos finísimos— coloca a Pizzuto incluso entre los grandes de nuestra literatura. Yo tengo, además, una gran simpatía por él, no lo conozco personalmente, pero me imagino que debe ser un hombre delicioso. Pero, ciertamente, para leer a Pizzuto se requiere, digámoslo así, una especie de fatiga, de preparación como la de quien se prepara para ir a confesarse con el cura, una especie de preparación casi ascética. Uno se dice “Esta-

mos listos, no lo estamos; finalmente, sí, lo leeremos y así lo entenderemos". Pero, a fin de cuentas, no todos los lectores pueden llevar a cabo estos ejercicios espirituales.

*¿Sucede siempre que el placer que nos da un libro —y supongamos que haya sido un placer profundo— nos lleve a criticar positivamente ese libro? ¿No puede suceder que la lectura abandonada a sí misma nos juegue una mala pasada y haga difícil luego un juicio objetivo? Hace años usted escribió la reseña de una novela que lo había hecho pasar un buen rato, pero que lo dejaba perplejo. Aquella novela era Lolita de Nabokov. ¿Qué piensa hoy de ella?*

Lolita es un libro difícil de juzgar porque es muy interesante, apasionante. Se lee con vivo placer pero no se llega a entender si se trata de un excelente producto industrial o de una obra de arte. Yo creo que este problema no ha sido planteado ni resuelto por los críticos. En suma, no puedo decir, a consciencia, que Nabokov sea un mal escritor. Algunos se han atrevido incluso a leer su más reciente libro, *Ada*, que me parece que tiene enormes pretensiones: inicia con un árbol genealógico de los personajes... Se siente en ese libro una gran erudición, también literaria. Por eso no se puede decir que Nabokov sea un autor que haya que echar a un lado, pero... queda siempre ese "pero" en el fondo. A veces hay atletas, como Nino Benvenuti, que ganan y no ganan, pierden, avanzan así algunos años, y luego, cuando encuentran a uno que lo hace realmente en serio, no hay nada que hacer: son derrotados. Porque se siente que falta el fondo. Lo dice el crítico deportivo: "falta el fondo". No estoy seguro de que Nabokov tenga ese fondo, pero no puedo negar que es un hombre extremadamente inteligente (aunque sea —me dicen, no quisiera calumniarlo— un gran admirador de la estación ferroviaria de Milán, y esto sienta un mal precedente. Pero tal vez es una calumnia).

*Faguet escribía en 1912 que una novela se lee dejándose poseer por el alma de los personajes. Según el autor del Art de lire lo que sucede es que se experimenta en primera persona el alma del protagonista, uno se siente algún tiempo dentro de él y vive la propia vida con los ojos del personaje, a su manera. Esta posesión, esta identificación total con el personaje, ¿es tal vez una manera ingenua de leer? ¿Le ha sucedido a*

*usted alguna vez sentirse poseído por algún personaje, asumir su identidad por un tiempo, en su propio día a día?*

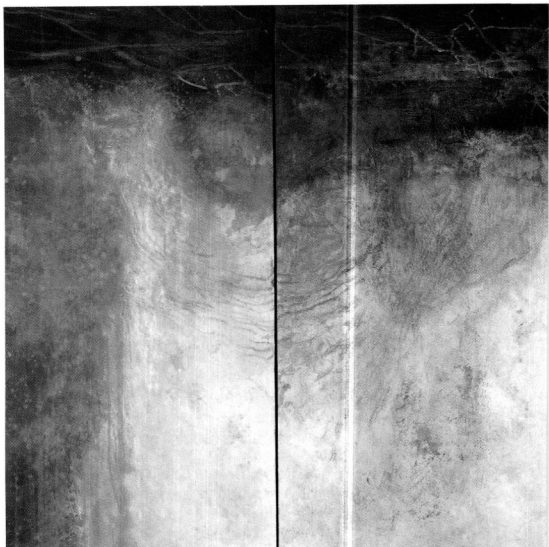
No, hasta ese punto no me ha sucedido nunca. Pero sí, alguna rara vez, he visto a una persona viva como sosias de un personaje literario. Recuerdo que había en Florencia una señora —la vi poquísimas veces— que para mí era Anna Karenina. Pero son casos raros. Para tener a la vista a una gama de tipos así habría que leer las ochenta y pico novelas de Balzac.

*Frecuente o no, lícita o ilícita, se diría que la “posesión” por parte de los personajes de una novela tiene también límites naturales. En realidad existen personajes que podemos admirar pero con los cuales nos sentimos extraños, con los cuales uno no llega a identificarse. Podría ser el caso de Zeno Cosini, protagonista de La conciencia de Zeno de Svevo. A un conocido mío, no carente de inteligencia y sensibilidad, no le gustó la novela porque encontraba que Zeno era una persona insoportablemente débil. ¿Cuál era exactamente su error?*

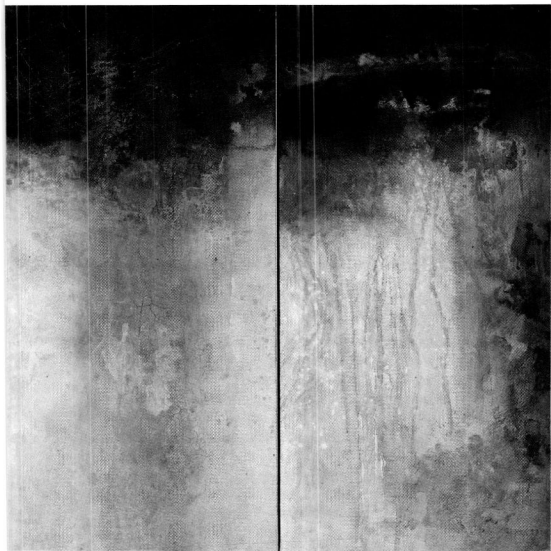
Hay muchos errores en esta afirmación. El principal es que el lector confunde la vida con el arte. Se ve que detesta a los hombres débiles. Puede ser que los deteste por razones muy privadas, íntimas, por haberlo experimentado en carne propia, digamos. Pero no se ve por qué un hombre débil no pueda ser protagonista de una novela. Yo creo que los débiles tienen mayor posibilidad de sobrevivir en el mundo del arte porque el fuerte tiene siempre más probabilidades de ser artificioso, falso, de ser un personaje, por así decirlo, ilusorio. El libro cuyo protagonista es un hombre fuerte es siempre un libro un poco artificioso, incluso conscientemente artificioso. En todas las novelas rusas, por ejemplo, hay siempre un hombre fuerte, pero sin falta es alemán.

*Pasando a otro tema, hoy los personajes son en su gran mayoría seres visibles que se mueven y hablan en el espacio no interior de las pantallas de video y de los palcos escénicos. Llegamos así a otro tema: el teatro. ¿Tiene todavía alguna ventaja leer teatro en la época con mayor cantidad de representaciones que haya existido?*

No se sabe si el teatro pertenece a la literatura. Esto es un hecho. Casi todas las historias literarias lo ignoran. Hay que hacer una historia aparte del teatro, porque nadie sabe dónde colocarlo. Si



*Convergencia*, 1998, mixta sobre tela, políptico, 160 x 240 cm.



el teatro es tantas cosas, si es una *summa* de todas las artes, si se debe juzgar la *pièce* como un producto ejecutado no a cuatro manos sino a seis, a diez, a veinte manos, en el cual participan el director, el peluquero, el escenógrafo, el vestuarista y el público, que algunos identifican con la obra misma sosteniendo que es el verdadero personaje de la comedia. Con todas esas complicaciones, no se sabe dónde acabará y cualquier obra maestra puede aparecer a su manera, digámoslo así. Pero nunca me ha sucedido que leo una mala comedia y modifico mi juicio luego de haberla visto en escena. Me ha sucedido en cambio lo contrario: ver una bella comedia y encontrarla horrible una vez que es llevada a las tablas. ¿De quién, entonces, es la culpa? ¿Del autor? ¿De los actores? ¿Del director? Este misterio está por descifrarse. Yo creo que a cierto punto de la manipulación la obra se escapa completamente de las manos del autor y se convierte en algo que ya no le pertenece.

*¿Y la poesía? Sabemos leer la poesía. Emile Faguet sostenía que los versos deben leerse dos veces: primero en silencio, y luego en voz alta, para apreciar la música y el ritmo, considerados por él como el movimiento mismo del alma del autor. Hoy, sin embargo, los discos nos ofrecen también la lectura en voz alta del mismo poeta o al menos su manera de leerlos. ¿Debemos verla como una interpretación entre muchas posibles o como algo más?*

El hecho es más bien problemático, porque puede suceder que los defectos pueden ser también virtudes. Por ejemplo, Saba era un espantoso lector de sus poemas. Recuerdo la primera vez que fui a verlo, en 1925, me parece. Yo era entonces muy joven. Fui a verlo con una gran admiración. El me acogió con su famosa cortesía y me recitó su último poema, que repetiré ahora con su voz, pero sin hacer el gesto; haría falta un gesto con la mano, la mano ondulante, aleteando ligeramente. Leía: "Il cane, / bianco sul bianco greto, / segue inquieto / un'ombra / la nera / ombra d'una farfalla, / che su lui gialla / volteggia" ["El perro / blanco sobre el blanco arenal / sigue inquieto a una sombra / la negra / sombra de una mariposa, / que sobre él amarilla / revolotea"]. Me pregunto si son bellos o feos estos versos. No lo sé. Si los oyéramos recitados por Gassman, por Albertazzi o por otros actores,

me espantaría, porque me parecerían una copia, una fea copia de este extraordinario original que yo capté en aquel momento. Pongamos estos versos en la boca de un autor y todo se derrumba. ¿Se ha equivocado el actor? No se ha equivocado, el pobre, no se ha equivocado. Pero tampoco se ha equivocado el autor, por desgracia.

*Pero, por ejemplo, sus versos, ¿el “Merigiare pallido e assorto” suyo y el de un actor son lo mismo?*

No, seguramente no son lo mismo. Las diferencias se notan, pero sobre todo en composiciones de mayor respiro. En ésta se trata a fin de cuentas de pocas palabras.

*Hace 60 años la mayor fuerza que podía distraernos de la lectura no era lo audiovisual sino la pasión de vivir. “La vida no se lee —escribía nuestro viejo maestro de lectura en 1912—, porque no es contemplativa”. ¿No es entonces la lectura un riesgo para la vida? ¿Se puede, en suma, amar la lectura al menos hasta cierto punto, sin quedarse fuera del propio tiempo?*

¿Usted me pregunta si se puede ser lector participando aún de la vida? Creo que sí. No veo una total incompatibilidad entre el vivir y el pensar. Esta antítesis existe, pero sólo cuando se lleva hasta el exceso, en el exceso sí existe. Han existido personas que eliminaron del todo el pensamiento y otras que, en cambio, han eliminado del todo la vida. El lector impune (no sé de quien sea esta definición), el lector encarnizado, el lector famélico que lo lee todo, no sé qué participación pueda tener en la vida, qué relación pueda tener con la vida: se convierte en un enfermo. Existen estos extremos. Pero también están los niveles intermedios. ¿Un Leopardi ha realmente renunciado a la vida? No lo creo, de veras no lo creo. Si medimos la vida en meses, en años, en semanas o incluso en hechos, en viajes, en experiencias, en mujeres, en amores, en negocios, en acciones... entonces podemos decir que Leopardi ha vivido muy poco. Pero, ¿realmente ha vivido muy poco? Esto permanece como una interrogante.